

LA GEOPOLÍTICA Y EL MAR



DANIEL BLINDER

Licenciado en Ciencia Política y Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Magíster en Defensa Nacional (UNDEF). Profesor de Relaciones Internacionales, y Geopolítica. Investigador del Centro de Estudios de Historia de la Ciencia y la Técnica José Babini. Ex profesor y director de la Maestría en Defensa Nacional.

LAURA COLPACHI

Licenciada en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires), Magíster en Defensa (Universidad de la Defensa Nacional). Investigadora: Laboratorio de Geopolíticas, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Introducción:

En este trabajo proponemos pensar, desde la geopolítica y las relaciones internacionales, la problemática marítima, tanto desde el conflicto sobre el territorio como la cuestión más elemental de definición del territorio marítimo. Este marco teórico nos lleva, en primer lugar, a pensar las necesidades tecnológicas (tanto como atributo de poder realista como de factor de diferenciación centro-periferia) y luego a describir las prácticas actuales en relación a la Argentina marítima.

Desde el modelo clásico de la geopolítica y realista de las relaciones internacionales, podemos entender el esfuerzo de apropiarse del espacio

marítimo (entendido como acumulación de territorio, otro de los factores de poder) en un contexto anárquico, según la lectura realista. Esa anarquía hobbesiana establece las reglas de juego: todos son una amenaza, todos están amenazados. Sin embargo, el modelo clásico no da cuenta de la diferencia entre países, las interacciones específicas entre ellos. La aparente igualdad de la mesa de juego no es tal. Allí es donde el sistema mundo de I. Wallerstein aporta un marco más complejo y al mismo tiempo más eficaz para diferenciar eso que el realismo no ve.

A continuación, realizaremos un análisis de los atributos tecnológicos, su papel en la acumulación de poder y en la ocupación del territorio marítimo. El reconocimiento de los límites del territorio (el trabajo realizado por COPLA (Comisión Nacional del Límite Exterior de la Plataforma Continental Argentina) es necesario, pero no suficiente, si no se cuenta con los requisitos tecnológicos para retenerlo.

En la tercera parte, analizaremos el estado actual de la “cuestión marítima”: las particularidades del territorio marítimo, con las contradicciones implícitas, en la terminología y las dificultades para producir nuevos términos para referirnos a la Argentina marítima. Observaremos como, en algunas regiones, la conflictividad en torno al mar toma características directas, como el despliegue astillado en el Mar del Sur de China e incluso la producción de islas artificiales, o indirectas, como renombrar el Atlántico Sur-Mar Argentino como Océano Antártico. En esta parte, retomaremos el esfuerzo del Proyecto Pampa Azul y los mencionados logros de COPLA, pero insistiremos en cómo estas políticas sólo son exitosas si tienen continuidad independientemente de los cambios de gobierno.

Por último, plantaremos algunas conclusiones que apuntan a abrir la discusión sobre la problemática del territorio marítimo, ese espacio líquido en disputa.

Geopolítica y relaciones internacionales:

La perspectiva clásica entiende la apropiación del espacio y el ejercicio de la soberanía como un requisito del Estado. Específicamente, A. T. Mahan y H. Mackinder hacen referencia al papel que representa el mar en el ejercicio de ese esfuerzo. Desde distintos ángulos, Mahan desde la búsqueda

da de conquista del mar como ruta de ejercicio de la propia soberanía, y Mackinder tomando al mar como el problema que dificultaba el mantenimiento del poderío británico, plantean posiciones bien definidas sobre el espacio, el poder y la relación con el lugar. La geopolítica clásica considera las formas en que un Estado Nación surge, se afianza y sobrevive. El poder, entendido en ejercicio en el espacio físico real (geográfico) se genera, se acumula y se conserva como garantía de la propia supervivencia. Desde las relaciones internacionales, el realismo (con foco en el Estado como actor principal, el poder nacional, la anarquía en el sistema internacional y el equilibrio de poder), el liberalismo que complejiza el modelo con actores no estatales y el marxismo que reconoce la estructura desigual del sistema internacional y la explotación de los débiles por los poderosos. El constructivismo, con el foco en la construcción del sistema internacional a partir de la acción y el discurso de los actores políticos internacionales (MINGST; 2006) El liberalismo, en esta línea, incorporaría la interdependencia en la interacción de esos Estados Nacionales, que modificaría la anarquía que condiciona el modelo clásico puro.

El modelo marxista o radical, tomando a I. Wallerstein como exponente, afirma que “un sistema mundial es un sistema social, un sistema que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación, y coherencia” (Wallerstein, 2005: 489). El sistema mundial, según el autor, es un “modo económico [que] se basa en el hecho de que los factores económicos operan en el seno de una arena mayor de lo que cualquier entidad política puede controlar totalmente” (Wallerstein, 2005: 491), yendo más allá de las estructuras de los Estados-Nación, y forma espacios centrales, semiperiféricos y periféricos. Según esta clasificación, decimos que son Estados centrales aquellos más poderosos –económica y políticamente– en el sistema internacional. Esto quiere decir que son los países más dinámicos y desarrollados, económica y tecnológicamente, del sistema capitalista, pero que también presentan una estructura estatal con capacidad de influir en el sistema internacional de Estados, con un importante poder militar y diplomático. Son periféricas aquellas unidades estatales que no tienen poder económico ni político. Son por lo tanto, poco relevantes en el sistema internacional interestatal, y poco relevantes económicamente. Esto último no quiere decir que sean irrelevantes, son parte del sistema mundial y aportan al mismo principalmente materias primas y productos primarios. Son semiperiféricos aquellos países de la periferia con capaci-

dad industrial, científica y tecnológica. Los Estados semiperiféricos tienen más relevancia política en el sistema interestatal que los periféricos.

El término “geopolítica crítica” surge de la tesis doctoral de Gearóid Ó Tuathail en 1989. “La geopolítica crítica comienza como una crítica al discurso geopolítico de la guerra fría que había impuesto categorías homogeneizantes a los diversos conflictos regionales, además de marginar las causas específicamente locales de inestabilidad y violencia” (Ó TUATHAIL, 2010). Todas las explicaciones que la guerra fría (sostenida en la simplificación de la geopolítica clásica) eran atribuibles al enfrentamiento Este Oeste, desestimando todo lo que, efectivamente, se generaba localmente. “La geopolítica crítica, especialmente en su forma posestructuralista, intenta entender la geopolítica como un fenómeno discursivo de adentro/afuera, al explorar la conducta social de los órdenes políticos locales sobre la base de la lectura historizada de sus transformaciones territoriales. Si bien los lazos intelectuales entre estas posturas teóricas contemporáneas y la tradición geopolítica alemana original son tenues; la invocación del término geopolítica se ha vuelto central tanto en el discurso académico como en el más amplio público y político” (TESHCKE; 2015).

En todo caso, lo verdaderamente interesante de incorporar la línea de pensamiento geopolítica es que resalta, en tanto se pueden ver las superposiciones entre modelos teóricos enfrentados, la futilidad de los esfuerzos de la teoría de las relaciones internacionales de desplazarse en debates que supuestamente extinguen o superan los modelos con los que discuten.

Los modelos geopolíticos clásicos de Mackinder y Mahan, a pesar de estar históricamente situados, siguen dictando la praxis del poder hegemónico, aun cuando este funciona en un marco mejor explicado por el *sistema-mundo* de I. Wallerstein y muchas de las críticas (más a los neoclásicos que retoman a estos autores) del modelo crítico logran problematizar muchas debilidades de los neoclásicos. Hablamos de poder hegemónico y poderes menores (o de segunda línea). Un mundo que dejó lejos la bipolaridad, pero no fue reemplazado por multipolaridad sino por cierta monopolaridad endeble. Los supuestos que sostienen los clásicos y retoman los neoclásicos son: la preocupación por el poder, la determinación de la geografía sobre la acción y el equilibrio de poder; siguen sosteniendo la política exterior de los países desarrollados y establecen el campo de juego en el que participan los países más débiles.

Según el autor, el sistema-mundo es un “modo económico [que] se basa en el hecho de que los factores económicos operan en el seno de una arena mayor de lo que cualquier entidad política puede controlar totalmente” (WALLERSTEIN, 2005), yendo más allá de las estructuras de los Estados-Nación, y forma espacios centrales, semiperiféricos y periféricos. En esta clasificación los Estados centrales son aquellos más poderosos –económica y políticamente– en el sistema internacional, son los países más dinámicos y desarrollados, económica y tecnológicamente, del sistema capitalista. Al mismo tiempo, presentan una estructura estatal con capacidad de influir en el sistema internacional de Estados, con un importante poder militar y diplomático. Son periféricas aquellas unidades estatales que no tienen poder económico ni político. Son por lo tanto, poco relevantes en el sistema internacional interestatal, y poco relevantes económicamente. Esto último no quiere decir que sean irrelevantes, son parte del sistema mundial y aportan al mismo principalmente materias primas y productos primarios. Son semiperiféricos aquellos países de la periferia con capacidad industrial, científica y tecnológica. Los Estados semiperiféricos tienen más relevancia política en el sistema interestatal que los periféricos. Parafraseando a C. Escude (de manera que él probablemente no aprobaría): los países más poderosos juegan en las condiciones de la teoría clásica, mientras los países más débiles (y cabe reconocer que estas categorías van más con la noción clásica que con la crítica/marxista) sufren en las condiciones de la crítica.

Mar, política internacional, tecnología

Como lo señalaron A. Mahan y en nuestro país el Almirante S. Storni, ocupar el territorio marítimo requiere, además de mano de obra calificada, medios tecnológicos para sostenerlo y para explotarlo. Barcos, submarinos y otro tipo de tecnologías capaces de abarcar, controlar, navegar y explotar un ambiente en el que sólo hay agua. Resulta imposible pensar esta empresa sin contar con estas posibilidades, que requieren toda una política de desarrollo en tierra, como puertos, redes de distribución de energía, transporte, una industria naval. A diferencia del territorio propiamente dicho, no hay forma directa de “habitarlo” en términos de local y sentido de lugar, definidos en *Place and Politics: the Geographical Meditations of State and Society* (AGNEW; 1987)

El historiador económico -y especialista en tecnología- Joel Mokyr, planteaba que los Estados-Nación siempre estuvieron embarcados en una carrera tecnológica estrechamente ligada a la política. Dicha concurrencia, que tenía que ver con la productividad económica de los países, muchas veces terminaba vinculada a lo militar, lo que no siempre resultaba a su juicio un hecho constructivo, puesto que la destrucción propia de la guerra, y la naturaleza que esta institución le imprime a la relación entre países, entre ellos, las fronteras, el secreto, y la propia destrucción de las fuerzas productivas, resultan perniciosas para el desenvolvimiento de la tecnología.

Las naciones que se preocupan por su posición en el mundo son más proclives a sufrir del efecto Sputnik, el descubrimiento de que la sociedad ha quedado atrasada en materia de tecnología, y en consecuencia se siente amenazada. Desde Pedro el Grande de Rusia, hasta los Meiji en Japón, o desde que los Estados Unidos se enteraron del lanzamiento del satélite Sputnik soviético, los países se han embarcado esforzadamente en mejorar su progreso técnico, fundamentalmente por razones políticas. En alguna medida, un poco de competencia entre Estados es buena para el progreso tecnológico. Pero, sin embargo, la competencia económica o política, podría degenerar en una tendencia hacia la expansión militar, la guerra, que restringiría toda ganancia de competencia política por el desarrollo de la propia técnica (Mokyr, 1990).

Sin embargo, en el año 1913, para Werner Sombart esta idea sobre la tecnología y la guerra no era completamente cierta. En su libro *Guerra y Capitalismo* él planteaba que la guerra no destruyó el régimen capitalista, la guerra no entorpeció el capitalismo, sino que lo ha fomentado. Para él, los Estados “son solo la obra de las armas; su exterior, sus límites, no menos que su articulación interna; la administración, la hacienda, se han desarrollado inmediatamente en la realización de empresas bélicas en sentido moderno” (Sombart, 1943: 23). En cuanto a las colonias, que tenían una íntima relación con el desarrollo del capitalismo moderno “basta esta obra sola de la guerra, la conquista de los imperios coloniales, para considerarla también como creadora del régimen capitalista. Doble faz de la guerra: aquí destruye y allí edifica” (Sombart, 1943: 27).

Sombart vio como motor mismo del proceso la demanda agrícola para la provisión de alimentos, la estandarización de los uniformes, de los armamentos, de los calibres, la innovación tecnológica, y la consecuente com-

plejización del arte guerrero, lo que llevó a una estandarización y homogeneización de la vida social, y a la necesidad de estatizar o burocratizar los asuntos militares dada la magnitud de la guerra moderna comparada con la medieval” (Sombart, 1943: 116, 123).

Ya *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, el conocido libro de Lenin publicado en 1917, analizaba la naturaleza de la política internacional y avizoraba una competencia económica que derivaría en una militar, debido a la interacción imperialista entre los Estados, cuyo afán por conseguir recursos naturales derivaría en un conflicto bélico internacional (Lenin, 1975). En la misma línea, con la invención de la metalurgia, las bases geográficas y económicas de la acción militar -en los tiempos del Siglo de las Guerras en que escribe el autor- se ven ampliamente reorganizadas en su aspecto espacial e institucional. El transporte se vuelve un elemento clave, mediante el que un Estado debe velar por transportar las materias primas hacia sus fábricas para convertirlas en tecnología industrializada (Turner, 1943: 6). Así, la capacidad energética y el poder de fuego se vuelven esenciales para controlar el territorio y como elementos de un poder nacional, basado en la capacidad tecnológica, industrial y territorial de una nación (Turner, 1943: 10).

Un autor como Ogburn planteó que el hierro y el vapor eran la clave para entender los acontecimientos de la política mundial, y quienes lo tuvieran tendrían una posición privilegiada en los asuntos internacionales, pero que para poseerlos era necesaria una logística de centros industriales vinculados con los centros de extracción minera, y que ello ya complejizaba la situación de los actores intervinientes (Ogburn, 1949: 2). Para este académico estadounidense, la superioridad tecnológica era determinante al momento de comprender el poder internacional (Ogburn, 1949: 7). Los medios de transporte terrestres y marítimos lograban potenciar este poder en clave geográfica e internacional, expandiendo la economía, e incluso el alcance del poder militar (Ogburn, 1949: 8). Pero fundamentalmente, Ogburn destaca el aporte de la ciencia y la tecnología a la guerra, lo que trae aparejada una mayor eficiencia en el poder de fuego y, por lo tanto, de la destructividad, como el dominio del átomo, la misilística, o la guerra mecanizada (Ogburn, 1949: 12-13).

Con la restricción establecida tanto desde la disponibilidad tecnológica como desde la imposibilidad fáctica de “habitar” el mar, avanzamos hacia la disputa por el mar y la relación Argentina con su territorio marítimo. Esto

puede pensarse entre estos dos márgenes teóricos. Por un lado, la lectura realista y neo-realista: la disputa llana por el territorio y el ejercicio concreto de la soberanía geográfica en un espacio limitado en disputa. Por el otro, la lectura crítica donde la disputa no puede leerse como el enfrentamiento entre partes asimilables, sino como partes en una relación sistémica. Esto no implica que la posición de esas partes sea fija: “El proceso en marcha de una economía-mundo tiende a aumentar las distancias económicas y sociales entre sus distintas áreas en el mismo proceso de su desarrollo. Un factor que tiende a enmascarar este hecho es que el proceso de desarrollo de una economía-mundo trae consigo adelantos tecnológicos que hacen posibles la expansión de sus márgenes. En este caso, regiones particulares del mundo pueden cambiar su papel estructural [...] La arena externa de un Siglo se convierte a menudo en la periferia –o semiperiferia– del siguiente. Pero también [...] los Estados del centro pueden convertirse en semiperiféricos y los semiperiféricos en periféricos” (Wallerstein, 2006).

El mar como territorio

Antes de empezar a pensar el mar como espacio territorial y dejar que esa contradicción dificulte el análisis, proponemos observar el siguiente mapa. Se trata de un mapa no tradicional, porque al ser polar permite centrar la atención en la localización que nos interesa y desde allí analizar su relación espacial con el resto. Hemos incorporado un mapa polar, con el centro en la ciudad de Buenos Aires, para permitirnos observar la magnitud de ese espacio marítimo que suele pensarse en números (mayores incluso que el territorio continental) pero difícilmente en imágenes o en territorio propiamente dicho. (Ver mapa más abajo).

Proponemos pensar la espacialidad y la relevancia del espacio marítimo: ese oxímoron “territorio marítimo” que a pesar de su patente contradicción no hemos podido reemplazar. El interés por el territorio marítimo es fundamentalmente material. El mar tiene recursos y es una base territorial de desarrollo del bienestar y el crecimiento nacional. El valor de esos recursos está directamente ligado a nuestro bienestar, y es en función de ese bienestar (presente o esperado) que se actúa.

Tomamos la geopolítica para pensar el mar, en tanto propone que la ubicación en el espacio terrestre y el ambiente físico son factores importantes

en la estructura global de poder. Esta idea se impone hacia fines del siglo XIX, cuando el avance imperial empezaba a alcanzar los límites de la expansión posible. Esta idea de construcción imperial, asentamiento y fortalecimiento del Estado en el territorio propio frente al resto de las naciones se mantiene con pocas variaciones hasta mediados del siglo XX y aún con variadas reestructuras y debates, hasta nuestros días.

La relevancia de los intereses argentinos en el Atlántico Sur reside en los recursos que tiene, que muchos ambicionan explotar. Esto, cabe aclarar, no implica la ocupación directa (como en el caso del Mar del Sur de China) sino la posibilidad de usufructo internacional, con el modelo que alguna vez se propuso para el Amazonas: su internacionalización (intento que fue directamente rechazado por Brasil).

Si tomamos el modelo del sistema-mundo de Wallerstein y partimos de un círculo perimetral pequeño y aparentemente cerrado, el sistema-mundo fue expandiendo su esfera de dominio, de soberanía, produciendo y reproduciéndose en su interior, pero tomando los recursos del espacio exterior, de la periferia de los límites sistémicos. De alguna manera, los países periféricos también son Estados o espacios más abiertos que el centro, porque allí sale la materia prima para la zona central del sistema-mundo, pero también se reciben los productos manufacturados del espacio medular donde la energía e impulso irradia al resto de la órbita. (Blinder, 2014). Es en este sentido que se da esa puja por compartir los recursos del mar.

La disminución de los recursos disponibles en tierra firme ha incrementado la disputa por ellos. Se expandió la frontera de producción energética y la disponibilidad de los recursos que pueden extraerse del mar a la vez que una mayor demanda de éstos. Las variaciones posteriores a 2014 en torno al precio del petróleo no alteran esta observación. Independientemente del valor (que responde a operaciones por parte de los países productores) la demanda mundial de energía continúa en aumento – al margen de su precio. “El mundo necesita más petróleo y gas que en ningún otro momento de la historia y una mayor proporción de esta energía probablemente provenga de reservas *off shore*” (Klare, 2013). Esta tajante afirmación está fechada. Desde entonces, la explotación de reservas petroleras no tradicionales (*fracking*) ha ampliado la disponibilidad de recursos. Por otro lado, la autorización del Presidente D. J. Trump para explotar pozos en Ártico sugiere, además del pago a quienes financiaron su candidatura, la necesidad de asegurar nuevas fuentes de energía sin contemplar dema-

siado sus costos ambientales.

La apertura de rutas marítimas a través del Ártico permite hoy a Rusia llevar su gas a clientes occidentales con menores costos, y la presencia de las Flotas de los EE.UU. en el Atlántico Norte permite acotar los gastos de transporte de su combustible hacia los puertos del hemisferio norte.

“La proporción de producción petrolera provista por pozos off shore aumentará de un 25% en 1990 a un 34% en 2020. Más importante aún, la proporción de petróleo proveniente de pozos de ultra profundidad (más de una milla de profundidad) irá de cero en 1990 a un proyectado 13% en 2020. Asimismo, se prevé que los pozos de aguas bajas no aumentarán la producción a partir de 2015, de modo que toda producción extra deberá venir de reservas de profundidad. Al mismo tiempo, la dependencia mundial de gas natural exhibirá una trayectoria similar. En el año 2000 aproximadamente 27% de la provisión mundial de gas provenía de pozos off shore, para el año 2020 se proyecta que será un 41%” (Westwood, 2013).

Fuera de las Américas, la Unión Europea reconoce que “en la era geopolítica actual, la seguridad y prosperidad de la Unión Europea depende más y más de su capacidad para proyectar poder en el dominio marítimo, del mismo modo que la mitad de nuestra energía (cualquier estrategia creíble para a diversificación de recursos energéticos, notablemente el gas, también depende de la seguridad marítima” (Rogers, Simon; 2009).

Además del consumo de especies marinas para la alimentación, Argentina comienza a desarrollar nuevas aplicaciones para los recursos del mar, en especial en el campo de la producción de medicamentos, cosméticos, etc. Los recursos a descubrir y desarrollar (Programa Pampa Azul) se evalúan como de enorme interés económico futuro. Esto se basa en las investigaciones de este programa que se realizaron las proyecciones que se mencionan más abajo. Sin embargo, sus posibilidades dependen de la continuidad del compromiso político con el Programa, especialmente la financiación y la formación de capacidades científicas.

Si bien en Argentina la ciudadanía no tiene una experiencia directa sobre el territorio marítimo y su ocupación de las costas, lo que hace que esta conciencia sea escasa, emergió cierto esfuerzo sostenido desde mediados de la década de 1990 hasta 2015 de recuperar, afianzar, y finalmente investigar qué es y cómo puede usarse esa “otra” mitad de la Argentina. “En las últimas décadas, el mar y los océanos están siendo objeto de un nuevo descubrimiento, constituyéndose en frontera del conocimiento y re-

serva de vida para el futuro. Su aprovechamiento como recurso, medio de transporte y campo de la ciencia reconoce siglos de antigüedad, siendo los tradicionales ejes de la aproximación de los temas del mar la defensa nacional y la promoción de los intereses marítimos. Estos últimos están siendo asociados a factores de desarrollo como la pesca, el transporte, la energía, los puertos, la seguridad de la navegación entre otros”. (Ducaroff, Coatz; Baruj; 2015).

El estudio prospectivo realizado por primera vez por académicos del CONICET sobre el potencial económico del océano “permitió identificar el potencial económico de ocho sectores para Argentina: petróleo, gas, pesca, acuicultura, turismo, energía oceánica, industria naval, infraestructura logística, minerales marinos. El desarrollo de cada uno de ellos, con sus particularidades, tendrá consecuencias favorables para la economía a través de la generación de valor agregado, empleo, innovación, exportaciones y desarrollos tecnológicos necesarios que podrían aplicarse a otras industrias. El análisis arrojó un potencial económico de estos sectores para los próximos 20 años de 216 mil millones de dólares de ingresos, 170 mil nuevos empleos y un flujo de divisas por 160 mil millones de dólares en el escenario más conservador” (Ducaroff, Coatz; Baruj; 2015).

Una de las iniciativas más exitosas de integración de esfuerzos para investigar las posibilidades y afianzar el acceso a los recursos marítimos es la que lidera la Dra. Frida Armas Pfirter, coordinadora de COPLA (Comisión Nacional del Límite Exterior de la Plataforma Continental Argentina) cuyo objetivo fundamental -ya logrado- fue establecer ese límite, pero cuyo trabajo incluyó investigación básica y aplicada sobre la biota y la geología del Mar Argentino. Más allá de las virtudes individuales de los integrantes de COPLA, es posible afirmar que su esfuerzo fue fructífero porque, independientemente de las variaciones gubernamentales, el compromiso estatal con el organismo y sus objetivos se mantuvo durante veinte años.

Sin embargo, este esfuerzo apuntó específicamente a establecer los límites geográficos del territorio nacional, antes que a la investigación, afianzamiento y desarrollo de los recursos Del Mar. Sigue pendiente desarrollar “investigaciones relacionadas con los recursos disponibles en nuestro mar, localización, costo de explotación e inversiones necesarias para su aprovechamiento estratégico, el marco regulatorio para propiciarlas y los actores económicos – empresarios, trabajadores y estado – con capacidad para involucrarse en estas actividades” (DUCAROFF, COATZ, BARUJ; 2015). Simplemente, implementar

políticas orientadas a la explotación y mantenimiento del espacio marítimo.

Conclusiones

En este trabajo exploramos aproximaciones teóricas para entender la problemática del territorio marítimo desde las relaciones internacionales (realismo y liberalismo) y desde la geopolítica desde la teoría clásica y la marxista y crítica. Estos marcos son formas de acercarse a una problemática que, por su naturaleza líquida tanto física como desde la definición de Bauman, es inasible.

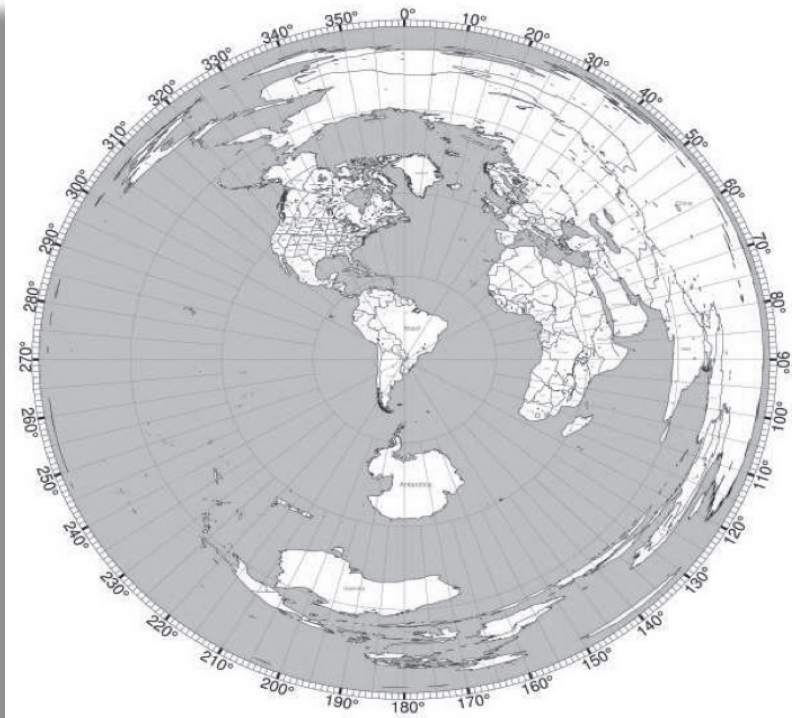
El modelo clásico permite entender, por un lado, el esfuerzo de apropiación del espacio, el contexto anárquico, a la vez que el establecimiento de –parafraseando a Brzezinski– la mesa y las reglas de juego en que los actores internacionales, los Estados Nacionales, juegan. Sin embargo, este modelo no alcanza para mostrar las diferencias existentes entre los papeles de los países y la multiplicidad de interacciones específicas y restrictivas que allí se dan. La aparente “igualdad” de la mesa de juego no es tal. Allí es donde el modelo de sistema-mundo resulta eficaz.

Analizamos los condicionamientos tecnológicos, ya pensados por Mahan y luego reelaborados por A. Segundo Storni en nuestro país, a la vez que incluidos en las categorías necesarias para acumular poder (Morgenthau) y una de las desigualdades destacadas entre centro y periferia (Wallerstein) para la ocupación del mar.

Finalmente, analizamos el estado actual de “la cuestión marítima”, cómo el mar es uno de los espacios terrestres (con la contradicción implicada y la ausencia de términos más adecuados para referirse a ese espacio) en conflicto. Cómo los Estados parecen dispuestos a enfrentarse por algunos de esos territorios (Mar del Sur de China) pero en otros favorecen formas de ocupación menos directas, pero no por eso ineficientes. En este sentido, describimos también los esfuerzos locales por la ocupación explotación de recursos marítimos en los últimos treinta años, la posibilidad realizada de establecer los límites de la plataforma submarina y con ellos delimitar con más precisión los límites de nuestro territorio. En ese sentido, mostramos cómo los logros existentes dependen directamente de la continuidad de esfuerzos, tanto financieros como políticos y humanos para mantener la ocupación del mar.

Anexo

Mapa de representación polar acimutal con centro en la Argentina, presentado ante la Academia del Mar para su conferencia de admisión, Licenciado Francisco Galia, Proyecto Pampa Azul. Buenos Aires, 27 de marzo de 2018.



Bibliografía

Agnew, John (1987). *Place and Politics: The Geographical Mediations of State and Society* (Boston and London, Allen and Unwin).

Agnew, John (2005). *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama.

Bauman, Zygmunt (2016). *Tiempo Líquido* (Ed. Planeta, Buenos Aires).

Ducaroff, Sergio; Coatz, Diego; Baruj, Gustavo (Coord.) (2015). *Estudio Preliminar para la Estimación del Potencial Económico del Océano en Argentina – Resumen Ejecutivo* (Centro Interdisciplinario de Estudios en Ciencia Tecnología e Innovación – Ministerio de Ciencia Tecnología e Innovación Productiva. Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

Klare, Michael T. *The Growing Threat of Maritime Conflict*. *Current History, A Journal of Contemporary World Affairs*, Volume 112, Issue 750.

Klare, Michael T. Myers Joan. *The Race for what's left: The Global Scramble for the World's last Resources*. Interview en <http://www.policyinnovations.org/ideas/audio/data/000632> Disponible al 8/8/2013

Lenin, Vladimir (1975). *"El imperialismo, etapa superior del capitalismo"*. Buenos Aires: Anteo.

Mahan, A. T. *The Influence of Sea Power Upon History 1660 – 1783* (Project Guttenberg, 26 de Septiembre de 2004).

Mackinder, H. *Geography Pivot of History* (*The Geographical Journal*, Vol. 23, No.4 (April, 1904), 421-437

Mingst, Karen (2006). "Los enfoques de las relaciones internacionales en Fundamentos de las Relaciones Internacionales", CIDE, México.

Mokyr, Joel (1990). "The lever of the riches. Technological creativity and economic progress". Nueva York: Oxford University Press.

Morgenthau, Hans (1986). *"Política entre las Naciones"*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano

Morgenthau, Hans *Politics amongst Nations: The Struggle for Power and Peace*. (Alfred A. Knopf Ed. Nueva York, cuarta edición, 1968 – Primera edición 1948).

Ogburn, William (1949). *"Technology and International Relations"*. Chicago: The University of Chicago Press.

Rogers, James and Simon, Luis. *The status and location of the military installations of the member states of the European Union and their potential role for the European security and defence*. (Briefing paper, European

Parliament, Brussels, 2009) y Parker, Gregory J. USN, Sea Basing Since the Cold War: Maritime Reflections of American Grand Strategy (21st Century Defense Initiative Policy Paper, Brookings, Junio 2010).

Ó Tuathail, Gearid. (1989). *Critical Geopolitics: The social Construction of Space and Place in the Practice of Statecraft*, Tesis Doctoral no publicada. Syracuse University.

Ó Tuathail, Gearid. (Ene-Mar 1997). At the end of Geopolitics, *Alternatives: Global, Local, Political* Vol. 22, No. 1

Teschke, Benno *Geopolitics en Historical Materialism*, Vol. 14:1 (327 – 335) 2006 disponible on line www.brill.nl en Sept. 2015

Sombart, Werner. (1943). "Guerra y Capitalismo". Madrid: Colección Europa.

Turner, Ralph (1943). *Technology and geopolitics*. *Military Affairs*, Vol 7 N°1. Pp 5-15.

Wallerstein, I. (2005). *El moderno sistema mundial*, Tomo I. México: Siglo XXI.

Westwood Douglas en Klare. Michael T. *The Growing Threat of Maritime Conflict* (*Current History: A Journal of Contemporary World Affairs – Global Trends*).